

¡Qué vergüenza! Ellos, los padres protectores de la provincia que se han enriquecido con el cosechero, ahora lo muestran su agradecimiento, provocando una huelga de barrileros, y excitando á estos, á que reclamen, en vez de seis pesetas que ganan, por término medio, la friolera de doce.

Y cuándo la provocan, esos tiranuelos del negocio uvero? Cuando ya tienen casi todos cubierto su compromiso de barriles hechos; cuando la subida de jornal para los operarios no supone nada ante la subida en el barril. Pero todavía hay más, y es: que al mismo tiempo aprovechan la ocasión para meter en dicha subida los muchísimos miles de barriles que tienen de existencia, construidos á bajo costo en años anteriores.

¡Qué ignominia, lo que esos dísparos de la producción uvera, cometen con los pobres parraleros! Estos, crían la primera materia á fuerza de sacrificios, afanes y sudores, y escasamente sacan de ella para dar de comer á sus hijos, como que muchos tienen que dar una peonada para ganar dos pesetas, y en cambio el barrilero quiere ganar doce.

Además, los trabajadores que Almería ruedan el barril para echarlo en las lanchas, ganan seis pesetas con veinticinco céntimos, y también quieren ganar doce con cincuenta.

Has'ta hay quien quiere cobrar los jornales, antes de prestar trabajo alguno, como pretenden los trabajadores en los vapores, que piden el pago de lo que no han sudado, apenas el barco ancha por el morro del muelle.

Pero ¿qué es esto, á dónde vamos á parar? ¿Y todas estas cosas tan absurdas las hemos de tolerar sin que hagamos la más leve oposición? ¿Y no merece esto, que de una vez por todos, nos unamos formando un solo cuerpo todos los productores de la provincia, y entonces ya de acuerdo, promover una ordenada pero imponente agitación general en defensa de nuestros intereses amenazados?

Y por otro lado ¿no será conveniente que nos dirijamos al Gobierno en solicitud de que ordene que los vapores atraquen al muelle, evitándonos así mayores gastos y perjuicios como es el de que los barriles los moje el mar, según ha pasado con el cargamento del «Serra»?

También le pediríamos al Gobierno que concertase con el Americano la rebaja ó supresión de los cuarenta céntimos que gravan al barril que va á América, ofreciendo compensación en las maderas que vienen á esta provincia de Nuova Orleans.

Y en último extremo y si el conflicto de la carga de barriles en el muelle no se conjura, ¿no convendría igualmente pedir al Gobierno, que destinase de la guarnición más cercana varias compañías de tropa que hiciesen la carga, por el jornal que ganan los cargadores hoy? Esto no es ningún disparate, puesto que á otras capitales se les ha concedido en casos análogos.

Ea, productores, manos á la obra, «la unión constituye la fuerza.» Pues

probemos que la fuerza es nuestra y la razón también.

¡Pobre parralero! Alcanzan beneficio seguro de la uva todos antes que él. A él solo llegan los sobrantes, las migajas. Primero se cobran de la uva, el comerciante en maderas y arcos, el barrilero, el fabricante de serrin, el naviero, el consignatario de vapores, el embarcador, el carrero, el cargador y descargador de los carros, el comisionista, los corredores, los Bancos que negocian las libras, todos en fin, los que en una ú otra forma intervienen en el tráfico uvero; todos antes que el pobre parralero dueño de la mercancía. Para este, es la lucha, la incertidumbre, el peligro; este toma, si queda, si le dejan algo como de limosna. ¡Pobre parralero! ¡Esto es ya el colmo de la iniquidad, de la injusticia!

Tampoco sabemos lo que gana la casa frutera. ¿Y por qué no saberlo? Esta es comisionista que opera por cuenta y riesgo del cosechero, y por eso está obligada á rendirle á este cuentas del corredor etc., y así sabríamos, conocidas las ventas, hacer un cálculo aproximado de nuestras utilidades, y no sucedería que á veces creemos que nos va á quedar algo de la venta, y luego nos sorprende la maldita tinta roja.

También dándonos cuentas comprobadas, se evitarían ellas muchas censuras y murmuraciones de cafés y tortulias.

Si como se dice, montan en Barcelona la fábrica de construir barriles que se proyecta, á ella debemos acudir todos, pues ofrece barril más consistente y barato que el de roble, y acudiendo á ella, mataríamos á esos cuatro acaparadores egoístas que no nos van á dejar vivir, con tanto subir los barriles y los fle'es, y nos obligarán á abandonar el suelo que nos vio nacer, emigrando á otras tierras.

Rompamos los moldes opresores en que hoy está prensado el negocio uvero; meditemos en la conveniencia de hacer algo pronto, para impedir que en tiempo más ó menos lejano, desaparezca la riqueza que hoy tenemos pendiente de los alambres, la uva, nuestro único medio de vida, y para evitar la vergüenza de que siga siendo el último golpe de la patasca, el pobre parralero!

FRANCISCO CALLEJON MORENO.

## PENAS QUE MATAN

Déjame que la llore en silencio... son recuerdos que quiero agrupar; gitánica querria de mis sueños morenilla que no veré más!

¿Dónde está tu carita risueña tus ojos negros de fiero mirar; tu cabello cual negro azabache y tu frente de rizos chiquitos surca.

Querpecito de esbelta palmera manecitas pequeñas de blanco marfil cicutrilla que el aire cimbréa contornito labrado con firme buril.

La ventana se encuentra cerrá la albahaca ha perdido su olor los claveles se han muerto de pena el geranico arrugao se quedó

Yo quisiera acabar mis tormentos calentura que abraso á un peñón, puñalá que me vuelque de espaldas, cañonazo terrible pa tó er corazón.

Así dijo el gitano doliente alzando los brazos con loco furor, y tal fué su dolor y su pena que herido de muerte por tierra rodó!

ANTONIO BAENA ZAMORA

## EL ARREPENTIDO

«Pero cuando van á terminar esos constantes viajes con los cuales nos privan de tu grata compañía?»—dijo Julio á su amigo Adrian, recién llegado de Inglaterra.

Quizás muy pronto—contestó este; acaso el regreso de mi última excursión sea el comienzo de una vida tranquila y sin azares, fiel trasunto de mi nueva manera de pensar... estoy resuelto á introducir ciertas mejoras en mi finca «Los Pinares» posesión que tú conoces y en donde alegremente pasaremos largas temporadas...

¿Es cierto?—interrumpió Julio con una expresión de alegría indescriptible; y luego, haciendo un marcado gesto de incredulidad, añadió.—¡Oh amigo Adrian! ¿cómo te complaces en hacerme creer cosas imposibles!—¡Imposibles! ¿por qué?

Porque no podrías vivir envuelto en un ambiente de soledad cuando tu vida la hiciste en medio del bullicio de las gontes.... porque te ahogarías cuando no respirases los aires de París, Londres, Viena, etc., puntos en donde adquiriste fama de jugador, y de loco aventurero.

—Confío en que podré—replicó Adrian con cierta seriedad.

—Julio, sorprendido en vista de la actitud de formalidad que su amigo había tomado, lo preguntó en tono cortés—¿y podré saber yo la causa, el móvil que á tan halagüosa determinación te empuja?

—Que el vicio me repugna... No quiero por consiguiente diversiones ilícitas y en donde el dinero sin orden ni concierto se tira... no te asombres, no; lo sé, fui libertino... malgasté la mitad de la fortuna que mis padres me legaron al morir, pero quiero conservar la otra parte que aún me queda; yo ignoraba que hubiese seres á quienes tengo la estricta obligación de repartírsele... Quiénes son esos seres me preguntarás, pues oyo lo que quiero referirte.

—Sin replicar, y sí, cada vez más extrañado, Julio se arrolló en una butaca y se dispuso á escuchar.

El crepúsculo de la tarde se había iniciado, y su luz dudosa dejaba entre penumbras la habitación.

Adrian después de haber levantado las persianas de una de las ventanas que daban al jardín, ocupó otra butaca y comenzó de este modo.

«Después de cuatro meses de estan-